

AGATHA CHRISTIE

**ASESINATO
EN EL
ORIENT EXPRESS**

Espino Jimenez Andree Fernando

CIRCULO DE LECTORES

acuerdo. Pero supongámonos por un momento. Entonces, todos nosotros seguiríamos unidos... por la muerte.

—Un poco más de vino —dijo monsieur Bouc, llenando las copas apresuradamente—. ¿Se siente usted melancólico, *mon cher*? Quizá sea la digestión.

—Es cierto —convino Poirot— que los alimentos de Siria no eran muy apropiados para mi estómago.

Bebió su vino a pequeños sorbos. Luego se recostó en su asiento y paseó una pensativa mirada por el coche comedor. Eran trece comensales en total, y, como monsieur Bouc había dicho, de todas clases y nacionalidades. Empezó a estudiarlos.

En la mesa opuesta a la de ellos había tres hombres. Eran, sospechó, simples viajeros colocados allí por el infame juicio de los empleados del restaurante. Un corpulento italiano se escarbaba los dientes con visible placer. Frente a él, un atildado inglés tenía el rostro inexpresivamente desaprobador de un criado bien educado. Junto al inglés se sentaba un americano de traje chillón..., posiblemente un viajante de comercio.

—No hemos comido mal —dijo con voz nasal.

El italiano se quitó el mondadientes para gesticular con más libertad.

—Cierto —dijo—. Es lo que he estado diciendo todo el tiempo.

El inglés se asomó por la ventanilla y tosió.

La mirada de Poirot siguió adelante.

En una pequeña mesa estaba sentada, muy seria y muy erguida, una vieja dama de una fealdad jamás vista. Pero era la suya una fealdad de distinción, que fascinaba más bien que repelía. Rodeaba su cuello un collar de grandes perlas legítimas, aunque no lo pareciesen. Sus manos estaban cubiertas de sortijas. Llevaba el abrigo echado hacia atrás sobre los hombros. Una pequeña toca negra, horrorosamente colocada, aumentaba la fealdad de su rostro.

En aquel momento hablaba con el camarero en un tono tranquilo y cortés, pero completamente autocrático.

—¿Tendrá usted la bondad de poner en mi departamento una botella de agua mineral y un vaso grande de jugo de naranja? Haga que me preparen para la cena de esta noche un poco de pollo sin salsa y algo de pescado cocido.

POIROT RENUNCIA A UN CASO

Al día siguiente, monsieur Hércules Poirot entró un poco tarde en el coche comedor. Se había levantado temprano, había desayunado casi solo, y había invertido casi toda la mañana en repasar las notas del asunto que le llevaba a Londres. Apenas había visto a su compañero de viaje.

Monsieur Bouc, que ya estaba sentado, indicó a su amigo la silla del otro lado de la mesa. Poirot se sentó y no tardaron en servirles los primeros y escogidos platos. La comida fue desacostumbradamente buena.

Hasta que no empezaron a comer un delicado queso de crema, monsieur Bouc no dedicó su atención a otros asuntos que el alimento. Una vez terminada la comida empezó a sentirse filósofo.

—¡Ah! —suspiró—. ¡Quisiera poseer la pluma de Balzac! ¡Cómo describiría esta escena!

—Es una buena idea —murmuró Poirot.

—¿Verdad que sí? Nadie lo ha hecho todavía. Y, sin embargo, se presta para una novela. Nos rodean gentes de todas clases, de todas las nacionalidades, de todas las edades. Durante tres días estas gentes, extrañas unas a otras, vivirán reunidas. Dormirán y comerán bajo el mismo techo, no podrán separarse. Al cabo de los tres días seguirán distintos caminos para no volver, quizás, a verse.

—Y, sin embargo —dijo Poirot—, supongamos que un accidente...

—¡Ah, no, amigo mío!...

—Desde su punto de vista sería de lamentar, estoy de

—*En voiture* —gritó una voz en el andén.

—Salimos —dijo MacQueen.

Pero no salieron todavía. El silbato volvió a sonar.

—Escuche, señor —dijo de pronto el joven—. Si usted prefiere la litera de abajo, a mí me da lo mismo.

—No, no —protestó Poirot—. No quiero privarle a usted...

—Nada, queda convenido.

—Es usted demasiado amable...

Hubo corteses protestas por ambas partes.

—Es por una noche solamente —explicó Poirot—. En Belgrado...

—¡Oh!, ¿baja usted en Belgrado?

—No exactamente. Verá usted...

Hubo un violento tirón. Los dos hombres se acodaron en las ventanillas para contemplar el largo e iluminado andén, que fue desfilando lentamente ante ellos.

El «Orient Express» iniciaba su viaje de tres días a través de Europa.

Poirot avanzó por el pasillo con bastante dificultad, pues la mayoría de los viajeros estaban fuera de sus coches. Los corteses *pardons* de Poirot salieron de su boca con la regularidad de un reloj. Al fin llegó al departamento indicado. Dentro, colocando un maletín, encontró al joven americano de Tokatlian.

El joven frunció el ceño al ver a Poirot.

—Perdóneme —dijo—. Creo que se ha equivocado usted. —Y repitió trabajosamente en francés—: *Je crois que vous avez un erreur.*

Poirot contestó en inglés:

—¿Es usted míster Harris?

—No, me llamo MacQueen. Yo...

Pero en aquel momento la voz del conductor del coche dormitorio se dejó oír a espaldas de Poirot.

—No hay otra litera, señor. El caballero tiene que acomodarse aquí.

Mientras hablaba levantó la ventanilla del pasillo y empezó a subir el equipaje de Poirot.

Poirot advirtió con cierto regocijo el tono de disculpa de su voz. Era evidente que le habían prometido una buena propina si podía reservar el departamento para el uso exclusivo del otro viajero. Pero hasta la más espléndida propina pierde su afecto cuando un director de Compañía está a bordo y dicta órdenes.

El conductor salió del departamento después de dejar colocadas las maletas en las rejillas.

—*Voilà, monsieur* —dijo—. Todo está arreglado. Su litera es la de arriba, la número siete. Marcharemos dentro de un minuto.

Desapareció apresuradamente pasillo adelante. Poirot volvió a entrar en su departamento.

—Un fenómeno que he visto rara vez —comentó jovialmente—. ¡Un conductor de coche dormitorio que sube por sí mismo el equipaje! ¡Es inaudito!

Su compañero de viaje sonrió. Evidentemente había conseguido vencer su disgusto... y decidió que convenía tomar el asunto filosóficamente.

—El tren va extraordinariamente lleno —comentó.

Sonó un silbato y la máquina lanzó un largo y melancólico alarido. Ambos hombres salieron al pasillo.

—Pero, ¿qué es lo que ocurre? ¿Alguna conferencia?
¿Asambleístas?

—No, señor. Es pura casualidad. A la gente parece habersele
antojado viajar esta noche.

Monsieur Bouc hizo un gesto de disgusto.
—En Belgrado —dijo— engancharán el coche dormitorio
de Atenas, y también el de Bucarest-París..., pero no llegamos a
Belgrado hasta mañana por la tarde. El problema es para esta
misma noche. ¿No hay ninguna segunda clase que esté libre?

—Hay una, señor...

—Bien, entonces...

—Pero es un departamento para mujer. Hay ya en él una
alemana..., una sirvienta.

—Là, là, no nos sirve —rezongó monsieur Bouc.

—No se preocupe, amigo mío —dijo Poirot—. Viajaré en
un coche ordinario.

—De ningún modo. De ningún modo —monsieur Bouc
volvió a dirigirse al conductor del coche dormitorio—. ¿Ha
llegado todo el mundo?

—Sólo falta un viajero.

El empleado habló lentamente, titubeando.

—¿Qué litera es?

—La número siete..., de segunda clase. El caballero no ha
llegado todavía y faltan cuatro minutos para las nueve.

—¿Para quién es esa litera?

—Para un inglés —el conductor consultó la lista—. Un tal
míster Harris.

—Nombre de buen agüero —dijo Poirot—. Míster Harris
no llegará.

—Ponga el equipaje del señor en el número siete —ordenó
monsieur Bouc—. Si llega ese míster Harris le diremos que es
demasiado tarde..., que las literas no pueden ser retenidas tanto
tiempo..., arreglaremos el asunto de una manera u otra. ¿Para
qué preocuparse de un míster Harris?

—Como guste el señor —dijo el conductor.

El empleado habló con el mozo de Poirot y le dijo dónde
debía llevar el equipaje. Luego se apartó a un lado para permitir
que Poirot subiese al tren.

—Todo arreglado, señor —anunció—. El penúltimo departa-
tamento.

—*Precisément!* El cuerpo..., la jaula..., es de lo más respetable, pero el animal salvaje aparece detrás de los barrotes.

—Es usted fantástico, *mon vieux* —rió monsieur Bouc.

—Quizá sea así. Pero no puedo deshacerme de la impresión de que la maldad pasó junto a mí.

—¿Ese respetable caballero americano?

—Bien —dijo jovialmente monsieur Bouc—, quizá tenga razón. Hay mucha maldad en el mundo.

En aquel momento se abrió la puerta y el conserje se dirigió hacia ellos. Parecía contrariado.

—Es extraordinario, señor —dijo a Poirot—. No queda una sola litera de primera clase en el tren.

—*Comment?* —exclamó monsieur Bouc—. ¿En esta época del año? ¡Ah! sin duda viajará una partida de periodistas..., de políticos...

—No lo sé, señor —dijo el conserje, volviéndose respetuosamente—. El caso es que no hay ninguna litera de primera clase disponible.

—Bien, bien. No se preocupe usted, amigo Poirot. Lo arreglaremos de algún modo. Siempre hay algún departamento..., el número dieciséis, que no está comprometido. El conductor se cuidará de eso. —Consultó su reloj y añadió—: Vamos, ya es hora de marchar.

En la estación, monsieur Bouc fue saludado con respetuosa cordialidad por el conductor del coche dormitorio.

—Buenas noches, señor. Su departamento es el número uno.

Llamó a los mozos y éstos aproximaron sus carretillas cargadas de equipajes al coche cuyas placas proclamaban su destino: ESTAMBUL-TRIESTE-CALAIS.

—Tengo entendido que viaja mucha gente esta noche, ¿es cierto?

—Es increíble, señor. ¡Todo el mundo ha elegido esta noche para viajar!

—Así y todo tiene usted que buscar acomodo para este caballero. Es un amigo mío. Se le puede dar el número dieciséis.

—Está tomado, señor.

—¿Cómo? ¿El número dieciséis?

—Sí, señor. Como ya le he dicho, vamos llenos... hasta los topes.

—*Precisément!* El cuerpo..., la jaula..., es de lo más respetable, pero el animal salvaje aparece detrás de los barrotes.

—Es usted fantástico, *mon vieux* —rió monsieur Bouc.

—Quizá sea así. Pero no puedo deshacerme de la impresión de que la maldad pasó junto a mí.

—¿Ese respetable caballero americano?

—Bien —dijo jovialmente monsieur Bouc—, quizá tenga razón. Hay mucha maldad en el mundo.

En aquel momento se abrió la puerta y el conserje se dirigió hacia ellos. Parecía contrariado.

—Es extraordinario, señor —dijo a Poirot—. No queda una sola litera de primera clase en el tren.

—*Comment?* —exclamó monsieur Bouc—. ¿En esta época del año? ¡Ah! sin duda viajará una partida de periodistas..., de políticos...

—No lo sé, señor —dijo el conserje, volviéndose respetuosamente—. El caso es que no hay ninguna litera de primera clase disponible.

—Bien, bien. No se preocupe usted, amigo Poirot. Lo arreglaremos de algún modo. Siempre hay algún departamento..., el número dieciséis, que no está comprometido. El conductor se cuidará de eso. —Consultó su reloj y añadió—: Vamos, ya es hora de marchar.

En la estación, monsieur Bouc fue saludado con respetuosa cordialidad por el conductor del coche dormitorio.

—Buenas noches, señor. Su departamento es el número uno.

Llamó a los mozos y éstos aproximaron sus carretillas cargadas de equipajes al coche cuyas placas proclamaban su destino: ESTAMBUL-TRIESTE-CALAIS.

—Tengo entendido que viaja mucha gente esta noche, ¿es cierto?

—Es increíble, señor. ¡Todo el mundo ha elegido esta noche para viajar!

—Así y todo tiene usted que buscar acomodo para este caballero. Es un amigo mío. Se le puede dar el número dieciséis.

—Está tomado, señor.

—¿Cómo? ¿El número dieciséis?

—Sí, señor. Como ya le he dicho, vamos llenos... hasta los topes.

lejana. El más joven era un caballero de unos treinta años, de aspecto simpático, claramente un americano. Fue, sin embargo, su compañero quien más atrajo la atención del detective.

Era un hombre entre sesenta y setenta años. A primera vista, tenía el bondadoso aspecto de un filántropo. Su cabeza, ligeramente calva, su despejada frente, la sonriente boca que dejaba ver la blancura de unos dientes postizos, todo parecía hablar de una bondadosa personalidad. Sólo los ojos contradecían esta impresión. Eran pequeños, hundidos y astutos. Y no solamente eso. Cuando el individuo, al hacer cierta observación a su compañero, miró hacia el otro lado del comedor, su mirada se detuvo sobre Poirot un momento, y durante aquel segundo mostraron sus ojos una extraña malevolencia, una viva expresión de maldad.

El individuo se levantó.

—Pague la cuenta, Héctor —dijo a su joven compañero. Su voz era desagradable y ásperamente autoritaria.

Cuando Poirot se reunió con su amigo en el escritorio, los dos hombres se disponían a abandonar el hotel. Los mozos bajaban el equipaje. El caballero más joven vigilaba la operación. Una vez terminada ésta, abrió la puerta de cristales y dijo:

—Todo listo ahora, míster Ratchett.

El individuo de más edad rezongó unas palabras y atravesó la puerta.

—*Eh bien!* —dijo Poirot—. ¿Qué opina usted de esos dos personajes?

—Son americanos —dijo monsieur Bouc.

—Ya me lo suponía. Pregunto qué opina usted de sus personalidades.

—El joven parecía muy simpático.

—¿Y el otro?

—Si he de decirle la verdad, amigo mío, no me gustó. Me produjo una impresión en grado sumo desagradable. ¿Y a usted?

Hércules Poirot tardó un momento en contestar.

—Cuando pasó por mi lado en el restaurante —dijo al fin— tuve una curiosa impresión. Fue como si un animal salvaje..., ¡una fiera!..., me hubiese rozado.

—Y sin embargo, tiene un aspecto de los más respetables.

—Claro que sí, señor.

Poirot anuló la reserva de su habitación y cruzó el vestíbulo para dirigirse al restaurante. Al pedir la minuta al camarero, una mano se posó sobre su hombro.

—¡Ah, *mon vieux*, qué placer tan inesperado! —dijo una voz a su espalda.

El que hablaba era un individuo bajo, grueso, con el pelo peinado en *brosse*. Le sonreía extasiado. Poirot se puso apresuradamente en pie.

—¡Monsieur Bouc!

—¡Monsieur Poirot!

Monsieur Bouc era un belga, director de la «Compagnie Internationale des Wagons Lits», y su amistad con el antiguo astro de las Fuerzas de Policía Belga databa de muchos años atrás.

—Le encuentro a usted muy lejos de casa, *mon cher*, —dijo monsieur Bouc.

—Un pequeño asunto en Siria.

—¡Ah! ¿Y cuándo regresa usted?

—Esta noche.

—¡Espléndido! Yo también. Es decir, voy hasta Lausana, donde tengo unos asuntos. Supongo que viajará usted en el «Simplon Orient».

—Sí. Acabo de mandar reservar una litera. Mi intención era quedarme aquí algunos días, pero he recibido un telegrama llamándome a Inglaterra para un asunto importante.

—¡Ah! —suspiró monsieur Bouc—. *Les affaires...*, *les affaires!* ¡Pero usted..., usted está ahora en la copa del árbol, *mon vieux!*

—Quizás he tenido algunos pequeños éxitos. —Hércules Poirot trató de aparentar modestia, pero fracasó rotundamente. Bouc se echó a reír.

—Nos veremos más tarde —dijo.

Poirot se dedicó a la ímproba tarea de mantener los bigotes fuera de la sopa.

Ejecutada aquella difícil operación, miró a su alrededor mientras esperaba el segundo plato. Había solamente media docena de personas en el restaurante, y de la media docena sólo dos personas interesaban al detective Hércules Poirot.

Estas dos personas estaban sentadas a una mesa no muy

EL TOKATLIAN HOTEL

En el Tokatlian, Hércules Poirot pidió una habitación con baño. Luego se aproximó al mostrador del conserje y preguntó si había llegado alguna correspondencia para él.

Había tres cartas y un telegrama esperándole. Sus cejas se elevaron alegremente a la vista del telegrama. Era algo inesperado.

Lo abrió con su acostumbrado cuidado, sin apresuramientos. Las letras impresas se destacaron claramente.

Acontecimiento que usted predijo en el caso Kassner se ha presentado inesperadamente. Sírvase regresar en seguida.

—Sí que es una complicación —murmuró Poirot, consultando su reloj—. Tendré que reanudar el viaje esta noche —añadió, dirigiéndose al conserje—. ¿A qué hora sale el «Simplon Orient»?

—A las nueve, señor.

—¿Puede usted conseguirme una litera?

—Seguramente, señor. No hay dificultad en esta época del año. Todos los trenes van casi vacíos. ¿Primera o segunda clase?

—Primera.

—*Très bien, monsieur.* ¿Para dónde?

—Para Londres.

—Bien, monsieur. Le adquiriré un billete para Londres y le reservaré una cama en el coche Estambul-Calais.

Poirot volvió a consultar su reloj. Eran las ocho menos diez minutos.

—¿Tengo tiempo de comer?

hombre contestó y Poirot retiró la cabeza, y, al volverse, casi tropezó con Mary Debenham, que estaba detrás de él.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella en francés—. ¿Por qué nos hemos detenido?

—No es nada, señorita. Algo se ha prendido fuego bajo el coche comedor. Nada grave. Ya lo han apagado. Están ahora reparando los pequeños desperfectos. No hay peligro, tranquilícese.

Ella hizo un gesto brusco, como si desechase la idea del peligro como algo completamente insignificante.

—Sí, sí, comprendo. ¡Pero el horario!

—¿El horario?

—Sí, esto nos retrasará.

—Es posible... —convino Poirot.

—¡No podremos ganar el retraso! Este tren tiene que llegar a las seis y cincuenta y cinco para poder cruzar el Bósforo y coger a las nueve el «Simplon Orient Express». Si llevamos una o dos horas de retraso, desde luego perderemos el empalme.

—Es posible, sí —volvió a convenir Poirot.

La miró con curiosidad. La mano que se agarraba a la barra de la ventanilla no estaba del todo tranquila, sus labios temblaban también.

—¿Le interesa a usted mucho, señorita? —preguntó.

—¡Oh, sí! Tengo que coger ese tren.

Se separó de él y se alejó por el pasillo para reunirse con el coronel.

Su ansiedad, no obstante, fue infundada. Diez minutos después el tren volvía a ponerse en marcha. Llegó a Hapdapasar sólo con cinco minutos de retraso, pues recuperó en el trayecto el tiempo perdido.

El Bósforo estaba bastante alborotado y a monsieur Poirot no le agradó la travesía. En el barco estuvo separado de sus acompañantes de viaje y no los volvió a ver.

Al llegar al puente de Galata se dirigió directamente al Tokatlian Hotel.

Ella se echó a reír con cierta nerviosidad.

—¡Oh!, no debe usted pensar eso. El martirio de las institutrices es un mito demasiado explotado. Puedo asegurarle que son los padres los que temen a las institutrices.

No hablaron más. Arbuthnot se sentía quizás avergonzado de su arrebató.

«Ha sido una pequeña comedia algo extraña la que he presenciado aquí», se dijo Poirot, pensativo.

Más tarde tendría que recordar aquella idea.

Llegaron a Konya aquella noche hacia las once y media. Los dos viajeros ingleses bajaron a estirar las piernas, paseando arriba y abajo por el nevado andén.

Monsieur Poirot se contentó con observar la febril actividad de la estación a través de una ventanilla. Pasados unos diez minutos decidió, no obstante, que un poco de aire puro no le vendría mal. Hizo cuidadosos preparativos, se envolvió en varios abrigos y bufandas y se calzó unos chanclos. Así ataviado, descendió cautelosamente al andén y se puso a pasear. En sus paseos llegó hasta más allá de la locomotora.

Fueron las voces las que le dieron la clave de las dos borrosas figuras paradas a la sombra de un vagón de mercancías. Arbuthnot estaba hablando.

—Mary...

La joven le interrumpió.

—Ahora no. Ahora no. Cuando termine todo. Cuando lo dejemos atrás..., entonces.

Monsieur Poirot se alejó discretamente. Se sentía intrigado. Le había costado trabajo reconocer la fría voz de miss Debenham.

«Es curioso», se dijo.

Al día siguiente se preguntó si habrían reñido. Se hablaron poco. La muchacha parecía intranquila. Había círculos bajo sus ojos.

Eran las dos y media de la tarde cuando el tren se detuvo. Se asomaron unas cabezas a las ventanillas. Un pequeño grupo de hombres, situado junto a la vía, señalaba hacia algo, bajo el coche comedor.

Poirot se inclinó hacia fuera y habló al conductor del coche dormitorio, que pasaba apresuradamente ante la ventanilla. El

viajero. Su conversación fue más animada que durante el desayuno. El coronel Arbuthnot habló del Punjab y dirigió a la joven unas cuantas preguntas acerca de Bagdad, donde al parecer había estado ella desempeñando un puesto de institutriz. En el curso de la conversación ambos descubrieron algunas amistades comunes, lo que tuvo el efecto inmediato de hacer la charla más íntima y animada. El coronel preguntó después a la joven si se dirigía directamente a Inglaterra o si pensaba detenerse en Estambul.

—No, haré el viaje directamente —contestó ella.

—¿No es una verdadera lástima?

—Recorrí este itinerario hace dos años y entonces pasé tres días en Estambul.

—Entonces tengo motivos para alegrarme, porque yo también haré directamente el viaje.

El coronel hizo una especie de desmañada reverencia, enrojeciendo ligeramente.

«Es susceptible nuestro coronel —pensó Hércules Poirot con cierto regocijo—. ¡Los viajes en tren son tan peligrosos como los viajes por mar!»

Miss Debenham dijo sencillamente que era una agradable casualidad. Sus palabras fueron ligeramente frías.

Hércules Poirot observó que el coronel la acompañó hasta su departamento. Más tarde pasaron por el magnífico escenario del «Taurus». Mientras contemplaban las «Cilician Gates», de pie en el pasillo uno al lado del otro, la joven lanzó un suspiro. Poirot estaba cerca de ellos y la oyó murmurar:

—¡Es tan bello! Desearía...

—¿Qué?

—Poder disfrutar más tiempo de este magnífico espectáculo.

Arbuthnot no contestó. La enérgica línea de su mandíbula pareció un poco más rígida y severa.

—Yo, por el contrario, desearía verla ya fuera de aquí —murmuró.

—Cállese, por favor. Cállese.

—¡Oh!, está bien —el coronel disparó una rápida mirada en dirección a Poirot. Luego prosiguió—: No me agrada la idea de que sea usted una institutriz... a merced de los caprichos de las tiránicas madres y de sus fastidiosos chiquillos.

con que tomaba el desayuno y en el modo que tuvo de llamar al camarero para que le sirviese más café revelaba conocimiento del mundo y de los viajes. Llevaba un traje oscuro de tela muy fina, eminentemente apropiada para la caldeada atmósfera del tren.

Monsieur Hércules Poirot, que no tenía nada mejor que hacer, se entretuvo en observarla sin aparentarlo.

Era, opinó, una de esas jóvenes que saben cuidarse de sí mismas dondequiera que estén. Había prestancia en sus facciones y delicada palidez en su piel. Le agradaron también sus ondulados cabellos de un negro brillante, y sus ojos serenos, impersonales y grises. Pero era, decidió, un poco demasiado presuntuosa para ser una *jolie femme*...

Al poco rato entró otra persona en el restaurante. Era un hombre bastante alto, entre los cuarenta y los cincuenta años, delgado, moreno, con el cabello ligeramente gris en las sienes.

«El coronel de la India», se dijo Poirot.

El recién llegado saludó a la joven con una ligera inclinación.

—Buenos días, miss Debenham...

—Buenos días, coronel Arbuthnot.

El coronel estaba en pie, con una mano apoyada en la silla fronteriza a la joven.

—¿Algún inconveniente? —preguntó.

—¡Oh, no! Siéntese.

—Bien, usted ya sabe que el desayuno es una comida que no siempre se presta a charlar.

—Por supuesto, coronel. No se preocupe.

El coronel se sentó.

—*Boy!* —llamó de modo perentorio.

Acudió el camarero y le pidió huevos y café.

Sus ojos descansaron un momento sobre Hércules Poirot, pero pasaron adelante, indiferentes. Poirot comprendió que acababa de decirse: «Es un maldito extranjero.»

Teniendo en cuenta su personalidad, no eran muy locuaces los dos ingleses. Cambiaron unas breves observaciones y, de pronto, se levantó la joven y regresó tranquilamente a su departamento.

A la hora del *lunch* ambos volvieron a compartir la misma mesa y otra vez los dos ignoraron por completo al tercer

—¡Esperemos que la nieve no se interponga en el camino del «Taurus»!

—¿Sucede eso?

—Ha ocurrido, sí. No este año, sin embargo.

—Esperémoslo, entonces —dijo monsieur Poirot—. Los informes meteorológicos de Europa son malos.

—Muy malos. En los Balcanes hay mucha nieve.

—En Alemania también, según tengo entendido.

—*Eh bien!* —dijo el teniente Dubosc apresuradamente al ver que estaba a punto de producirse otra pausa—. Mañana por la tarde, a las siete y cuarenta, estará usted en Constantinopla.

—Sí —dijo monsieur Poirot, y añadió distraído—: Santa Sofía he oído decir que es muy bella.

—Magnífica, según creo.

Por encima de sus cabezas se abatió la cortinilla de uno de los departamentos del coche dormitorio y se asomó una joven al cristal.

Mary Debenham había dormido muy poco desde que salió de Bagdad el jueves anterior. Ni en el tren de Kirkuk, ni en el Rest House de Mosul, ni en la última noche de su viaje había dormido tranquilamente. Ahora, cansada de estar despierta en la cálida atmósfera de su departamento, excesivamente caldeado, se había levantado para curiosear.

Aquello debía de ser Alepo. Nada que ver, naturalmente. Sólo un largo andén, pobremente iluminado. Bajo la ventanilla hablaban dos hombres en francés. Uno era un oficial del Ejército, el otro un hombrecillo con enormes bigotes. La joven sonrió ligeramente. Nunca había visto a nadie tan abrigado. Debía de hacer mucho frío allí afuera. Por eso calentaban el tren tan terriblemente. La joven trató de bajar la ventanilla, pero no pudo.

El conductor del coche dormitorio se aproximó a los dos hombres. El tren estaba a punto de arrancar, dijo. Monsieur haría bien en subir. El hombrecillo se quitó el sombrero. ¡Qué cabeza tan ovalada tenía! A pesar de sus preocupaciones, Mary Debenham sonrió. Un hombrecillo de ridículo aspecto. Uno de esos hombres insignificantes que nadie toma en serio.

El teniente Dubosc empezó a despedirse. Había pensado las frases de antemano y las había reservado para el último momento. Era un discurso bello y pulido.

—Nos ha salvado usted, *mon cher* —dijo el general, emocionado, temblándole al hablar el blanco bigote—. Ha salvado usted el honor del Ejército francés. ¡Ha evitado usted mucho derramamiento de sangre! ¿Cómo agradecerle el haber accedido a mi petición? El haber venido desde tan lejos...

A lo cual el forastero —por nombre monsieur Hércules Poirot— había contestado afectuosamente, incluyendo la frase: «¿Cómo olvidar que en cierta ocasión me salvó usted la vida?» Y entonces el general había replicado rechazando todo mérito por aquel pasado servicio, y tras mencionar nuevamente a Francia y Bélgica, y el honor y la gloria de tales países, se habían abrazado calurosamente, dando por terminada la conversación.

En cuanto a lo ocurrido, el teniente Dubosc estaba todavía a oscuras, pero le habían comisionado para despedir a monsieur Poirot al pie del «Taurus Express», y allí estaba cumpliéndolo con todo el celo y ardor propios de un joven oficial que tiene una prometedora carrera en perspectiva.

—Hoy es domingo —dijo el teniente—. Mañana, lunes, por la tarde, estará usted en Estambul.

No era la primera vez que había hecho esta observación. Las conversaciones sobre el andén, antes de la partida de un convoy, se inclinan siempre a la repetición.

—Así es —convino monsieur Poirot.

—¿Piensa usted permanecer allí algunos días?

—*Mais oui*. Estambul es una ciudad que nunca he visitado. Sería una lástima no pasar por ella... *comme ça* —monsieur Poirot chasqueó los dedos despectivamente—. Nada me apremia. Permaneceré allí como turista unos cuantos días.

—Santa Sofía es muy hermosa —dijo el teniente Dubosc, que nunca la había visto.

Una ráfaga de viento frío recorrió el andén. Ambos hombres se estremecieron. El teniente Dubosc se las arregló para cruzar una subrepticia mirada a su reloj. Las cinco menos cinco. ¡Solamente cinco minutos más!

Al notar que el otro hombre se había dado cuenta de su subrepticia mirada, se apresuró a reanudar la conversación.

En esta época del año viaja muy poca gente —dijo, mirando las ventanillas del coche dormitorio parado a su lado.

—Así es —convino monsieur Poirot.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

EL PASAJERO DEL «TAURUS EXPRESS»

Eran las cinco de una madrugada de invierno en Siria. Junto al andén de Alepo estaba detenido el tren que las guías de ferrocarriles designan con el nombre de «Taurus Express». Estaba formado por una cocina, un coche comedor, un coche dormitorio y dos coches corrientes.

Junto al estribo del coche dormitorio se encontraba un joven teniente francés, de resplandeciente uniforme, conversando con un hombrecillo embozado hasta las orejas, del que sólo podían verse la punta de la nariz y las dos guías de un enhiesto bigote.

Hacía un frío intensísimo, y aquella misión de despedir a un distinguido forastero no era cosa de envidiar, pero el teniente Dubosc la cumplía como un valiente. No cesaban de salir de sus labios frases corteses en el más pulido francés. Y no es que estuviese completamente al corriente de los motivos del viaje de aquel personaje. Había habido rumores, naturalmente, como siempre los hay en tales casos. El humor del general —de su general— había ido empeorando. Y luego había llegado aquel belga, procedente de Inglaterra, al parecer. Durante una semana había reinado extraña actividad. Y luego habían sucedido ciertas cosas. Un distinguido oficial se había suicidado, otro había dimitido; rostros ensombrecidos habían perdido repentinamente su ansiedad; ciertas precauciones militares habían cesado. Y el general —el general del propio teniente Dubosc— había aparecido de pronto diez años más joven.

Dubosc se había enterado de parte de una conversación entre su jefe y el forastero.

FOSCARELLI (Antonio)
Agente de la «Ford», también otro de los viajeros del repetido tren.

HARDMAN (Cyrus)
Americano, viajante, uno más de los pasajeros del repetido ferrocarril.

HUBBARD
Anciana americana, maestra, y también viajera como los demás.

MACQUEEN (Héctor)
Secretario de Ratchett.

MASTERMAN
Criado de Ratchett.

MICHEL (Pierre)
Conductor del coche dormitorio del «Orient Express».

OHLSSON (Greta)
Enfermera sueca, viajera del repetido ferrocarril.

POIROT (Hércules)
Detective, protagonista de esta novela.

RATCHETT (Samuel)
Un millonario, viajero del «Orient Express», asesinado en uno de sus vagones.

SCHMIDT (Hildegarde)
Doncella de la princesa, de viaje con la misma.

GUIA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra

ANDRENYI (conde) y esposa

Él, diplomático húngaro; ambos, pasajeros del «Orient Express».

ARBUTHNOT

Coronel del ejército inglés en la India y viajero del citado ferrocarril.

BOUC

Belga, director de la Compañía Internacional de «Wagons Lits» y muy amigo de Poirot desde años atrás.

CONSTANTINE

Médico, otro de los viajeros del mencionado tren.

DEBENHAM (Mary)

Compañera de viaje de los citados anteriormente.

DRAGOMIROFF

Princesa rusa, también viajera del «Orient Express».

Espino Jimenez Andree Fernando

**Título del original inglés,
Murder on the Orient Express
Traducción, E. Machado-Quevedo
Cubierta, Gregorio Luna**

**Ediciones Nacionales
Círculo de Lectores
Edinal Ltda.
Calle 57, 6-35, Bogotá**

**Edición no abreviada
Licencia editorial
para Círculo de Lectores
por cortesía de Editorial Molino
Queda prohibida su venta a toda persona
que no pertenezca a Círculo**

© Agatha Christie, 1933
© Editorial Molino, 1977
**Impreso y encuadernado por
Printer Colombiana
Carrera 63, 18-36
Bogotá 1980
Printed in Colombia**